

Eco de la Palabra



Solemnidad de Corpus Christi

1.- Presencia permanente

“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”.

Jesús está presente permanentemente en el Sacramento del Altar. Él no sólo instituyó la Eucaristía sino que quiso quedarse presente para siempre entre nosotros. En el sagrario permanece para hacer realidad viva lo que prometió a los apóstoles: “Yo estaré siempre con vosotros”. El sagrario es, sin duda, el lugar destacado de la iglesia, sitio principal y digno de toda veneración.

Esta presencia exige compañía. Su presencia sacramental nos manifiesta que siempre está allí para que podamos encontrarlo, visitarlo y acudir a Él. El sagrario debe ser el lugar de nuestras confidencias con el Señor.

¡Señor! Te doy gracias por quedarte presente entre nosotros

2.- Adoración



En la Eucaristía siempre adoramos al Señor que se hace presente en el Pan y Vino consagrados. En el día de Corpus, nuestra adoración es pública. Es el día en el que el Señor quiere ser venerado y adorado públicamente. Por eso sale por nuestras calles para bendecir y ser reconocida su presencia por todo el pueblo.

Preparemos, con todo cariño, el paso del Señor por nuestras calles y plazas. Adornémoslas con flores y ramos. Es el momento del agradecimiento, de pedirle su bendición y del desagravio por todos los insultos y desprecios.

¡Señor! Te adoro con toda reverencia presente en el Santísimo Sacramento del altar.

3.- Entrega

“El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo”

Es frecuente que una madre, cogiendo a su hijo pequeño en brazos, exclame llena de amor: “hijo mío, te quiero tanto, que daría mi vida por ti”. Y es verdad.



Jesús fue entregando su vida poco a poco. Pero, al final, nos da la entrega suprema: se entrega Él mismo con su propio Cuerpo y Sangre. Por eso dice: “Tomad y comed, tomad y bebed; esto es mi cuerpo y sangre que se entrega por vosotros”. Y es verdad. Jesús no podía darnos más para demostrarnos su amor.

Nuestra vida también ha de ser una entrega generosa. En este día de Corpus también podemos decir como muestra de nuestra entrega generosa: “Señor, este es mi cuerpo, mi sangre, mi vida disponible que se entrega generosamente para hacer siempre tu voluntad”. Y renovarla todos los días al celebrar la Eucaristía.

¡Señor! Yo también me entrego a Ti con todo mí ser.

4.- Comunión

“Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”.

Es frecuente que una madre, cogiendo a su hijo pequeño en brazos, lo bese repetidamente y, llena de amor, exclame: “hijo mío, te quiero tanto, que te comería a besos”. Y es verdad.

Jesús nos quiere tanto, que también se quiere unir estrechamente con nosotros. Pero aquí es Él quien nos dice que le comamos. Y por eso nos invita: “venid y comed, esta es mi carne”. Comulgar es unirse estrechamente con Cristo en la unión más íntima y real que puede darse.

Esta invitación del Señor exige una respuesta: comulgar con frecuencia, participar del banquete del Señor. Pero también es algo más. Cuando decimos “comulgo contigo”, es decir que estoy de acuerdo con esa persona, con lo que es, con lo que piensa. Comulgar a Jesús es participar de su estilo de vida, de su proyecto, de colaborar con Él.



¡Señor! Que mi vida sea siempre estar en comunión contigo.

5.- Alimento

“Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”.

Todos estamos de acuerdo en que sin alimento no se puede vivir. Y son muchos los alimentos que podemos tomar para sostener nuestro cuerpo. Por eso procuramos alimentarnos.

Dios alimentó al pueblo con el maná: “haciéndote pasar hambre, te alimentó con el maná”. Jesús, en su vida, se preocupó de alimentar a la gente en su cuerpo. Pero, sobre todo, le preocupa el alimento del espíritu. Le ofreció la Palabra como alimento: “no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios”. Pero el alimento más fuerte es Él mismo pues: “El cáliz que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo?”.



Si nos preocupamos de alimentar el cuerpo, no podemos dejar de alimentar el espíritu. No es posible una vida cristiana verdadera y una espiritual intensa sin el alimento de la Eucaristía. Sin alimento nos morimos. Sin participar del Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro espíritu estará débil y no podrá responder a todas las exigencias de la vida cristiana. Sin Eucaristía estamos sin vida en el espíritu.

¡Señor’! Alimenta mi cuerpo y mi espíritu para serte siempre fiel

6.- Promesa de inmortalidad

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”.

Todos sabemos que nuestro cuerpo es frágil y que, un día, nuestras fuerzas se acabarán y, por mucho que nos alimentemos, la muerte llegará. Eso será seguro.

Jesús nos garantiza que su alimento nos da una vida que será eterna, una vida que nos hace vivir siempre, ya aquí, unidos estrechamente con Él. Y además nos da la seguridad de que nuestro espíritu no morirá nunca pues, tras la muerte, seremos resucitados para participar en el banquete celestial, y allí “nos hará sus comensales, coherederos y compañeros de los santos ciudadanos”. El Señor lo que promete, lo cumple.

Recibamos con gozo y alegría esa promesa. Comamos y bebamos el cuerpo y sangre de Cristo para tener la certeza de que hay vida en nosotros y que Él mora en nuestro interior pues: “el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”. Y mantengamos la esperanza de que alimentados con “el pan de los ángeles, hecho viático nuestro; verdadero pan de los hijos”, un día podamos todos juntos, formando un solo cuerpo, participar del banquete celestial.

¡Señor! Concédeme participar un día del banquete del reino eterno.

**SEA POR SIEMPRE BENDITO Y ALABADO EL SANTÍSIMO
SACRAMENTO DEL ALTAR.**